

ANALES GALDOSIANOS: SEGUNDA ETAPA

John W. Kronik

En la cronología de las sucesiones editoriales galdosianas, yo soy la segunda etapa en la vida de *Anales Galdosianos*, y a mí me tocó un *intermezzo* de seis números entre dos eximios directores. Tras cuatro lustros bajo la insigne dirección de Rodolfo Cardona, la revista ya había adquirido la fama de ser el órgano más distinguido en la diseminación de los estudios sobre Benito Pérez Galdós y la época realista en España. Además, la salida anual de este grueso monumento había dado al galdosismo internacional un implacable empuje cuantitativo, el cual, felizmente, no ha menguado todavía. En inglés tenemos una pintoresca expresión popular que reza “If it ain’t broke, don’t fix it!” y que se traduce a “Si no está roto, no lo repares”. Cuando asumí la dirección de la revista, no sentí ninguna necesidad de reformarla o de cambiar su orientación crítica o su política editorial, eso a diferencia de otra revista académica de la cual estaba encargado al mismo tiempo. Me pareció que sería contraproducente la alteración de un perfil reconocido y respetado. Quería mantener el alto nivel de sus colaboraciones, fueran de colegas establecidos y respetados o de jóvenes ávidos de reemplazarlos. Quería atraer un contenido variado, interesante y provocador. Quería estimular un diálogo. No quería que ningún buen artículo sobre Galdós apareciera en otra revista: ¡que se queden con las maulas! Adondequiera que fuera, me convertí en propagandista de *Anales Galdosianos*. También quería seguir con el esfuerzo de ensanchar la temática de los artículos y documentos para incluir en las páginas una familia más amplia de colegas entregados al diecinueve y al fin de siglo. Por eso en el número correspondiente al año 87 celebramos el centenario de *La madre naturaleza* al lado del de *Fortunata* y *Jacinta*, y, aparte de Pardo Bazán, aparecieron en los números de esta etapa artículos protagonizados por Leopoldo Alas, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Pereda y Valera.

Lo más difícil de la tarea de director de *Anales Galdosianos* es que el individuo que lleva este cargo es el responsable de todo aspecto de la producción de la revista. No goza del lujo de limitar su actividad a la selección y preparación de su contenido intelectual y científico, ni mucho menos. Por encima de eso, tiene que enfrentarse con retos de todo tipo: consolidar las buenas relaciones con la institución que le da hospedaje; vigilar la confección técnica de la revista y las negociaciones con la imprenta; corregir las pruebas; entrar en una extensa correspondencia (en mi época, sin beneficio del ciberespacio o del correo electrónico); mantener vivas las suscripciones y andar en busca de nuevos suscriptores; cuidar de su distribución y llevar las cuentas: todo eso y más, y más que nada, responsabilizarse de la solvencia económica de la revista.

Lo último, la cuestión de financiación, fue lo más duro de mi experiencia, pues la salida de cada número representó una lucha y una victoria. La revista dista mucho de poder vivir de los ingresos que proporcionan las suscripciones. Y eso cada vez menos, pues el mero coste del papel experimentó un aumento radical en pocos años, y el papel es sólo un aspecto de los gastos de producción y distribución. Mi propia universidad, Cornell, nos trató con cierta generosidad, de la cual estoy muy agradecido. Me proporcionó la ayuda de una asistente durante varias horas por semana y una modesta subvención anual. Pude convencer a mis colegas de la justicia histórica de ese apoyo porque se trataba de una publicación dedicada a

Benito Pérez Galdós, y mi departamento dispone de unos fondos de investigación bastante considerables, gracias a un legado de la viuda de un célebre galdosista, H. C. Berkowitz, que sacó el doctorado en Cornell en el año 1931 con una tesis no de tema galdosiano, sino sobre Mesonero Romanos.

La otra parte de la subvención, a cambio de 500 ejemplares de la revista, se derivaba del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, según un convenio previo entre el Cabildo y Rodolfo Cardona. Pero hubo cambios políticos y administrativos en el Cabildo, cambios de personal y de prioridades, multiplicación de compromisos, y resultó cada vez más difícil conseguir el dinero de Las Palmas. Mientras tanto, la Editorial Castalia, que ejerció gran paciencia y comprensión, tenía que esperar el pago de la composición, impresión y distribución de cada número, lo cual a veces produjo retrasos que, con razón, impacientaron a los lectores y, en especial, a los colaboradores. Yo quería mantener el vínculo con Castalia, en parte por la espléndida calidad del producto que confeccionó esta venerada editorial madrileña y también porque me pareció simbólicamente importante colocar en España la producción de la revista. Por razones semejantes, mantuve en la cubierta de los *Anales* el gesto de reconocimiento del Cabildo aun después de su desaparición de nuestra cuenta corriente porque correspondió a mi visión ideal de un arraigo tripartita de la revista en Norteamérica, la Península y las Islas Canarias. Mi deseo sería un nuevo arreglo de este tipo que funcionara sin tropiezos.

En este contexto, debo hacer confesión pública del relativo fracaso de una campaña mía. Es que hice todo lo posible durante mis visitas a España y en mi correspondencia con los amigos españoles para convencerlos de que *Anales Galdosianos* no es propiedad privada de un grupo de académicos norteamericanos, que varios colegas españoles formaban parte del consejo editorial de la revista, y que aunque la revista esté ubicada a la otra orilla del Atlántico somos muy deseosos de incluir las investigaciones de nuestros colegas europeos y de otros continentes. También les demostré que los artículos publicados en *Anales Galdosianos* son muy visibles entre los que cultivan este terreno y ampliamente citados, utilizados y discutidos. Recibí muchas felicitaciones pero pocos manuscritos, y la realidad es que aparecen en nuestros índices algunos artículos de españoles radicados en España, pero sólo de cuando en cuando.¹ Son la excepción. Lo lamento y me pregunto por qué es así. Seguramente tiene que ver en parte con la copiosidad del galdosismo que se ha desarrollado en las universidades de los Estados Unidos. A diferencia del clarinismo, somos una inmensa mayoría. Otra posible explicación, muy humana, es que uno se siente más cómodo entre la propia familia y lo familiar y se inclina a quedarse cerca de su propia casa. Quizás sigue persistiendo la percepción —lamentable a mi parecer— de que *Anales Galdosianos* es una revista norteamericana. También sospecho que los procedimientos editoriales de la revista, aunque nada fuera de lo común, pueden parecer extraños y enajenantes a algunos colegas, que a pesar de eso no debieran desistir de mandar su próximo manuscrito a los *Anales*.

Creo que merece la pena dedicar unas palabras a esos procedimientos que acabo de mencionar. Algunas, aunque pocas, de las colaboraciones que aparecen en la revista son el producto de invitaciones en casos especiales como un número homenaje, un coloquio o un conjunto temático. (Las reseñas se publican exclusivamente por invitación.) Casi todos los textos que llenan las páginas de *Anales Galdosianos* son envíos espontáneos por parte de estudiosos que ofrecen a la revista el fruto de sus investigaciones y de sus reflexiones críticas. Cuando llega a la mesa del director un manuscrito no solicitado, se pone en marcha la rutina normativa de muchas revistas, que es pedirles una evaluación a dos lectores, que pueden ser miembros del consejo editorial u otros peritos en la materia. Si los dos no están de acuerdo, el

director puede servir de árbitro o consulta a un tercer lector. El tiempo transcurrido entre recepción y decisión inevitablemente varía según la celeridad de los lectores, que a fin de cuentas son colegas con muchas responsabilidades y que ofrecen su tiempo a la revista por pura buena voluntad, pero se hace todo lo posible para acelerar el asesoramiento. Siempre traté de adjuntar a la carta de aceptación o de rechazo o a la invitación a revisar el ensayo un resumen de los juicios de los lectores, que con frecuencia, por ser concienzudos y detallados, son de gran utilidad para los autores, sobre todo en el proceso de revisión. El valor de esta práctica queda documentado en las cartas de agradecimiento que con regularidad recibí incluso de autores de artículos rechazados; sin embargo, es una política arriesgada que en contadas ocasiones no produjo los resultados deseados. Recuerdo el caso de un conocido colega radicado en España, merecidamente muy respetado por la cantidad y calidad de sus publicaciones, que evidentemente no estaba acostumbrado a esas pintorescas usanzas de los yanquis. Tuvo la gentileza de mandarnos un manuscrito para la revista. La primera lectora, experta en la materia, recomendó su publicación, pero a condición de una serie de cambios y correcciones, algunos de pura índole cosmética pero otros bastante sustanciosos y sólidamente fundamentados. El segundo lector estaba de acuerdo. El colega protestó que jamás en su carrera le había ocurrido tal cosa, se enfadó conmigo, retiró el manuscrito y en el próximo Congreso en Las Palmas no me dirigió ni una palabra. Puedo hacer constar con orgullo que yo me mantuve firme en la protección del honor de *Anales Galdosianos* y que ahora, tras el paso del tiempo que sana todas las heridas, ese colega y yo somos íntimos amigos.

Durante mi época de director, introduje una nueva iniciativa en este proceso, la evaluación anónima de manuscritos. Nuestra pandilla de galdosianos es pequeña e íntima; todo el mundo es amigo de todos; nadie quiere hacer daño a nadie. Lo encontré muy difícil sacarles a los miembros de este gremio nuestras evaluaciones que fueran perfectamente objetivas. La consideración por el individuo eclipsó la reputación de la revista. De modo que implanté el sistema, ya utilizado por otras prestigiosas revistas, no sólo en Norteamérica sino también en España, de quitar del manuscrito el nombre del autor y de su institución y toda autorreferencia antes de distribuirlo a los evaluadores. Al principio, este cambio desconcertó a algunos lectores de manuscritos. Recuerdo que una colega me devolvió dos informes sobre el mismo artículo junto con el siguiente aviso: “Esta evaluación la debes utilizar si conozco al autor. La otra es en caso de que no lo conozca.” Pero los lectores no tardaron mucho en acostumbrarse a este régimen de supresión de identidades y reconocieron sus beneficios. Total, la política editorial de la revista descansa en criterios rigurosos, abiertos y democráticos que no distinguen entre neófito y eminencia gris y que se concentran en la calidad del artículo en vez de la fama o los enchufes del autor.

Esta declaración me incita a importunar a todos los lectores de estas palabras a que consideren *Anales Galdosianos* su revista, su portavoz, su propiedad, su casa; el órgano intelectual más apto para recibir sus trabajos; el espacio público más idóneo para ventilar sus ideas y para dialogar sobre cuestiones de nuestro territorio; el campo de batalla más propicio para lanzar y defender sus convicciones; el vehículo más oportuno para establecer contacto con el galdosismo global. Siempre pueden tener la seguridad de que ustedes, como la revista, están en buenas manos. Cuando llegó a su final mi plazo de director, estaba esperando entre bastidores un sucesor ideal, mi compañero y colaborador Peter Bly, quien durante una larga década se enfrentó con sus retos y llevó los *Anales Galdosianos* a nuevas alturas en su tercera etapa. Me aprovecho de esta oportunidad para rendirle homenaje.

NOTAS

- ¹ Los seis números de *Anales Galdosianos* que corresponden a mis años de dirección, y que incluyen un homenaje a Rodolfo Cardona de 300 páginas, contienen 65 estudios y otros 11 artículos que aparecieron bajo la rúbrica de “Documentos”, tres notas, un coloquio sobre el canon galdosiano en que participaron cinco colegas, y 42 reseñas (sección de la cual se encargaba Peter Bly). Tres artículos, una de las notas y tres reseñas procedieron de autores radicados en España. Fue bastante más numerosa la colaboración de colegas del Reino Unido, y los otros países representados en las páginas durante esa época fueron la Argentina, Austria, Francia, Irlanda, el Japón y Polonia.